

REVISTA SOCIALISTA

Año I

Núm 7

PUBLICACION MENSUAL
DE LA S. A. EDITORA "LA VANGUARDIA"

DICIEMBRE 1930

Sumario

CARLOS KAUTSKY	
La revolución agraria en Rusia	Pág. 481
Fco. PEREZ LEIROS	
La organización sindical en América	" 501
NOE JORDANIA	
De la táctica socialista	" 506
FRANCISCO P. CABREJAS	
Un ejemplo de laboriosidad y rectitud	" 512
ANIBAL PONCE	
<u>El deber</u> de la inteligencia	" 525
N. N. El programa agrario socialista húngaro	" 535
IDEAS Y COMENTARIOS	" 541
Los derechos del pueblo y los socialistas, R. B. — El presupuesto, R. A. M. — Maniobras políticas, R. A. M.	
INFORMACIONES NACIONALES	Pág. 541
El trust azucarero y el proteccionismo, R. A. M. — El congreso socialista bonaerense. — La producción y distribución de manteca, queso y caseína.	
MOVIMIENTO GREMIAL Y COOPERATIVO	Pág. 548
Métodos y sistemas de organización, A. L. — Las actividades gremiales. — El congreso de la F. S. comunista. — El congreso sindical checoslovaco. — Los bancos cooperativos. — Congreso de la F. I. del Transporte.	
NOTAS INTERNACIONALES	Pág. 553
Las elecciones en Austria. — Congreso del Partido Laborista brasileño. — Triunfo laborista en N. Gales del Sud. — Los presupuestos de instrucción pública. — Las fuerzas laboristas británicas. — El socialismo en Letonia. — Resoluciones del congreso bolchevique sobre política agraria. — El deporte obrero. — El congreso socialista checoslovaco. — Asociación de juristas socialistas en Polonia. — Internacional Obrera de Radio. — Actividad socialista femenina. — El Partido Socialdemócrata alemán. — Triunfos socialistas en Finlandia.	
INDICE DEL TOMO I	Pág. 559
Junio-diciembre 1930.	

REDACCION Y ADMINISTRACION:

Rivadavia 2150 - Casa del Pueblo - Buenos Aires

De la táctica socialista ⁽¹⁾

SE ha discutido, especialmente en Francia, un punto de nuestra táctica: la participación de los socialistas en el gobierno.

El problema comporta muchas cuestiones, de las que algunas están fuera de toda discusión.

Los socialistas están de acuerdo, unánimemente, por ejemplo, sobre la participación en un gobierno revolucionario llamado a encaminar la transformación social más o menos rápida.

La cuestión que en cambio suscita divergencias es la siguiente: *¿Es admisible para los socialistas la participación en un gobierno dentro del actual sistema capitalista, sea parcialmente, en forma de coalición, o sea totalmente, con el apoyo directo o la neutralidad benévola de los demás partidos?*

La cuestión ha sido salvada positivamente en muchos países. Esta clase de "ministerialismo" ha sido seguida por casi todos. No hay más que una excepción: Francia, donde quedan en vigor, hasta ahora, las resoluciones antiparticipacionistas de anteguerra.

¿Cuáles son las nuevas circunstancias que han decidido casi a todos los partidos socialistas a abandonar la táctica de anteguerra para adoptar una nueva?

La definición de estas circunstancias nos revelará los fundamentos de la táctica socialista moderna.

La guerra mundial es la que traza la línea de demarcación entre las dos tácticas. ¿Por qué?

Antes de la guerra, las grandes masas populares se mostraban, desde el punto de vista político, indiferentes.

Víctimas de las tradiciones establecidas, ellas seguían los caminos usados, la dominación de la burguesía; los gobiernos burgueses aparecían como un hecho definitivo, eterno, constante. En esta atmósfera, los socialistas se proponían como fin

(1) Este artículo está escrito por el ex presidente de la República de Georgia.

inmediato el despertar de las masas, de interesarlas en la política, de romper su inercia tradicional, de encaminarlas hacia la actividad política y social. Ellos representaban, entonces, una organización de propagandistas, de educadores, un grupo de agitadores y organizadores.

La guerra mundial destruyó completamente la indiferencia política y la mentalidad tradicional del pueblo. Para hablar en el sentido del héroe del célebre escritor alemán Remarque, la guerra deshizo la concepción de las cosas, inculcadas a las masas. Este hundimiento se manifiesta por los levantamientos repentinos de las masas, por las revoluciones, en los países sin democracia o a media democracia, y por la aparición en la arena política de grandes capas populares, en los países democráticos.

Lo que caracteriza entonces a la sociedad moderna es el despertar político del pueblo, su emancipación de la indiferencia acostumbrada. Pero como él no había pasado por la escuela política, ni por la organización de partidos, su despertar toma aspectos de búsqueda: trata de hallar una salida a su situación actual. Esta búsqueda se refiere a todos los aspectos: economía, política, arte, moral. Europa se alejó de la vieja ribera sin haber encontrado una nueva. Ella se encuentra en viaje, en un período de transición, en busca de un lugar para amarrar.

Lo que hay de sorprendente es la puesta en marcha de dos capas de la población: de un lado, grandes masas de la clase media, arruinadas por la inflación y otras crisis y, del otro, masas de campesinos. Proletarizada económicamente, la pequeña burguesía queda espiritualmente lo que era antes, con su psicología y mentalidad pequeño-burguesa. El reajuste de su ideología a su estado de existencia exige muchos años con una serie de generaciones. Está de más decir que este nuevo compañero del proletariado, inacostumbrado al trabajo y a la disciplina industrial, tratando de hallar lo más pronto posible, por algún artificio, la situación perdida, no podrá compenetrarse de los medios de lucha proletaria. Esta nueva clase de proletariado ofrece el mejor terreno para toda suerte de aventuras: fascismo, bolcheviquismo, nacionalismo, militarismo y demás.

La transformación de la clase campesina en una fuerza política, su liberación definitiva del aislamiento rural, constituyen un acontecimiento más serio y considerable. Esta clase reivindica ahora su parte al poder por ella misma, no queriendo más dejarse representar por otros, salidos de otros medios. Las organizaciones campesinas se fundan, los programas agrarios se elaboran, y todos los partidos se esfuerzan en

atraerlos a sus filas. Las condiciones económicas del campesino quedaron igual, sin cambiar, pero es la primera vez que sobre esa base se forma una ideología campesina. Ellos empiezan a desembararse de la tutela.

Es sobre todo en la inercia política de estas clases medias —la pequeña burguesía y los campesinos— que se basaba el poder político de anteguerra. Esta base, ahora, se halla sacudida, lo que ha suscitado los cambios correspondientes en las alturas del edificio, en las formas de distribuir el poder. Los partidos políticos, desarrollados y engrandecidos con las viejas condiciones, encontraron grandes dificultades para seguir paso a paso este reagrupamiento de estas fuerzas sociales y no llegaron nunca a adaptar su actividad a este nuevo aspecto. Para ellos, *“sin novedad en el frente”*. Es por eso que se asiste, en muchos países, a su desaparición de la arena política, y a la aparición, en su lugar, de entidades nuevas. En toda Europa estas fuerzas destructivas dan pruebas de una gran actividad y amenazan hasta la existencia de las viejas organizaciones políticas.

La democracia había tomado, en las condiciones de anteguerra, el hábito de gobernar los países de acuerdo con normas rígidas. No sufriendo el empuje de las masas, no estaba apurada. Servirse ahora de aquellos métodos pasados sería oponer el arco al cañón. Bien lo dijo Montesquieu: *“Alguna vez con cien mil pies, la democracia sólo anda como los insectos”*. Actualmente, el andar de insecto no corresponde en absoluto a la psicología actual del pueblo. El contacto entre el pueblo y la democracia organizada se ha debilitado. Esta última pierde su prestigio, su autoridad disminuye. Esto es exacto para todos los partidos, para el régimen democrático mismo. Su sepulturero está listo para obrar. Una gran corriente de dos aspectos, con dos cabezas, se lanza contra ella. Al principio de mayoría se opone el principio de minoría de organización de hombres decididos que llevan al pueblo descontento hacia la tierra prometida, a un paso acelerado. Se adapta la doctrina a la psicología de las grandes masas: gobiernos fuertes, cambios profundos — esto es a lo que aspira el pueblo —. Allá donde el principio de minoría se ha traducido en realidad viviente, donde las *“personalidades elegidas”* se han adueñado del país, el pueblo ha súbitamente enmudecido, su movimiento ha cesado, como si hubiera hallado lo que buscaba. Y si por el contrario esta realidad sufre modificaciones, si la dictadura ha sido contenida, eso se produce no ya por la presión del movimiento popular, sino lejos de ello, gracias a los desacuerdos entre las fracciones dominantes (por ejemplo, Lituania).

Un ejemplo sorprendente, en este orden, ha sido dado recientemente por Yugoslavia.

La lucha áspera entre los partidos horwates y serbios colocó al Parlamento en la impotencia. Pudo haberse esperado una intervención del movimiento popular. Pero he aquí que aparece un general, pone "las bayonetas al orden del día". Y, todo de golpe, todo y todos se apaciguan: ningún movimiento, ninguna repercusión en las masas. ¿Qué puede eso significar sino que el Parlamento, él también, pierde su vinculación con las masas y cae en el aislamiento?

Además, la sociedad de nuestra época transitoria se halla con una fermentación interna permanente que la empuja tanto hacia la tiranía como hacia la libertad. No existe entre estas dos corrientes antagónicas ninguna fuerza que pueda oponerse a la tiranía y prestar apoyo a la libertad. La tiranía no existe sino gracias a las fallas de la democracia. Una asalta, ataca, mientras que la otra está reducida a la defensiva. El que ataca gana mucho más fácilmente terreno que aquel que se mantiene a la defensiva. Es por eso que la fuerza asaltante ha provocado hesitaciones en todos los viejos grupos, en todos los antiguos partidos.

Una confusión particularmente grave ha sido llevada a las filas de la democracia avanzada, a los medios socialistas, por la aparición inesperada de la tiranía desde el seno de la clase que parecía debía ser democrática por su misma naturaleza. Esta clase es el proletariado. Una pequeña fracción se ha destacado e inscripto en su enseña: La conquista del poder por cualquier medio, aunque fuera "por una hora". El ejemplo fué dado al obrero de Europa por Rusia, donde una fracción del proletariado, organizada en el partido bolchevique, reina, desde hace diez años, sin control, sobre todo el país. Es verdad que el agente principal de esta ideología está constituido por los elementos pequeñoburgueses recientemente proletarizados. Pero es indiscutible que esta ideología encuentra repercusión y algún terreno propicio también en las filas del proletariado auténtico. En este sentido, el proletariado sufre actualmente el mismo proceso que ha seguido la burguesía. La idea de dominación de una minoría de una clase sobre su mayoría, y por eso mismo sobre la nación, se actualiza y se cumple en todas las clases dominantes. El "país legal" de Luis Felipe con sus 200.000 electores es el prototipo del "país legal" de Lenin-Stalín, compuesto de un millón de comunistas. Aquí como allá, la fuente del poder se encuentra entre los límites de un círculo reducido: la oligarquía burguesa, en un caso, y la oligarquía proletaria, en el otro, las dos igualmente antidemocráticas, apoyadas en la vio-

lencia policial. Por eso, entonces, la ruptura del frente obrero sobre la línea de la oligarquía no es más que la recapitulación de la ruptura, sobre la misma línea, del frente de las clases dominantes. Y esto será siempre así: mientras una clase no esté madura para el poder, los elementos más impacientes se destacarán y aspirarán a la dominación de su grupo sobre toda la clase que ellos pretenden dirigir. La burguesía ha pasado ya por esta etapa, pero ¿por qué medios?

Es por la vía de la lucha y la revolución que la democracia burguesa pudo vencer a la oligarquía burguesa (1848, 1871). En estas luchas, la democracia estaba sostenida por todos los pueblos. La dirección de la nación pasó a ella. Es entonces que se estableció, por primera vez, la dominación de toda la burguesía, como clase, de todas sus fracciones. Una clase que está madura para el poder no puede ejercerlo sino por la vía democrática, mientras que una fracción de la clase no puede mantenerse en el poder sino por la vía dictatorial. Es en ese sentido que Carlos Marx caracterizó al reinado de Luis Felipe como la época de dictadura de la burguesía.

Es por la misma vía y por los mismos medios que la democracia proletaria debe terminar con la oligarquía proletaria. Si sucediera lo contrario, si ésta se encaminara hacia la dirección de la democracia burguesa, sería la burguesía la que tomaría la hegemonía política, y el proletariado quedaría aislado. La socialdemocracia debe considerar la lucha contra la tiranía bolchevique como uno de sus fines principales, si ella aspira a la victoria política del proletariado, como clase. En la lucha emprendida, la Internacional comunista ha adoptado una línea justa para ella. Ella proclama que la social-democracia es su principal enemiga, que es ésta que le socava la base de su dominación encaminando al proletariado por la vía democrática. Por el contrario, la social-democracia no ha podido tomar una línea justa para ella. Ella considera todavía como un malentendido esta táctica bolchevique que ella cree poder enderezar por el "frente único" y por una actitud benévola. Algunos partidos socialistas llegan hasta a afirmar su parentesco con los bolcheviquis proclamando en sus resoluciones la "comunidad de su objetivo final".

El bocheviquismo domina un gran país, es ya una realidad viviente, su obra está allí, sus fines y sus medios son visibles. Y, entonces, ¿están entre nuestros fines lo que él ha hecho? ¿Es que hay entre nuestros propósitos uno que ate al Estado a los obreros, los campesinos, todas las clases y todos los grupos? ¿Es que acaso nos proponemos investir a un grupo de oligarcas de privilegios políticos y económicos? Mientras el socialismo no haya salido de este caos de ideas, no podrá ser obstaculizado el

camino para la tiranía en el proletariado. Y, en general, hacer coqueterías a una forma de dictadura y condenando otra, no nos parece ser el mejor medio para ganar la confianza de las masas.

Así, entonces, la sociedad bien ha cambiado después de la guerra; las masas han salido del estado de inercia, ellas se han despertado, pero no lo suficiente para encontrar, por su propio esfuerzo en el camino derecho. Ellas se encuentran en la encrucijada. Pero hay una cosa que ellas ven claramente y a la que ellas aspiran conscientemente: reformas sociales y un gobierno fuerte capaz de hacerlas cumplir. La creación, dentro de los cuadros de la democracia, de un gobierno reformador y estable; tal es el problema de actualidad. La parálisis parlamentaria sería admisible desde el punto de vista socialista, si ella fuera susceptible de reforzar el movimiento proletario y su partido. Pero mientras, en la hora actual, nosotros vemos a los enemigos de la democracia, a los partidarios de la oligarquía, poner esta paralización a su servicio, es de toda evidencia que no podemos incluir a la esterilidad parlamentaria entre nuestros fines. Lo que hay que temer, no es el ejercicio del poder por los partidos por la vía democrática, sino la descomposición de los partidos, la desagregación de las organizaciones políticas, lo que significaría dejar abandonado el poder. Es en tales circunstancias cuando aparecen en la arena política los aventureros y sus comparsas.

La Europa salió de la guerra bien enferma; ella necesita un tratamiento especial. Los remedios políticos de anteguerra no le sirven más. No son los viejos anacoretas de los partidos quienes deben cuidarla y aportarle alivio eficaz.

Los fundamentos de la táctica socialista deben ser buscados, entonces, no en los viejos textos socialistas, ni en las resoluciones de la época de la propaganda, sino en la realidad actual, en el reagrupamiento de las fuerzas sociales. Los tiempos indican que los propagandistas deben convertirse en hombres de Estado. Una reforma popular, realizada por socialistas, es susceptible de engrandecer el partido en una medida mucho más importante que mil discursos excelentes. Acercarse al pueblo, ganar su confianza, no es posible más que por realizaciones, por actos políticos, por la creación de nuevas formas políticas y sociales. Ni oportunismo ni doctrinarismo, ni arriar la bandera, ni degeneración ni verbalismo. Un partido debe estar siempre listo para reagruparse, como dijera el gran táctico alemán Guillermo Liebknecht, en veinticuatro horas, a reordenar sus filas en un nuevo orden, así que las circunstancias cambien. El partido que no tenga esta ligereza política, cae en el sectarismo.

N O E J O R D A N I A